

porque era donde se tenían ó celebraban los actos de corte y donde se tenían de cuerpo presente los reales difuntos), y al entrar en este aposento, cada cual hace un respetuoso saludo á la reina, que colocada junto al trono del sucesor Alfonso IV el benigno, permanece silenciosa y humilde, no como viuda desconsolada que acude mas al recuerdo de sus perdidos gozcos que á Dios, sino como mujer cristiana y resuelta que, conformándose con la voluntad divina, no cesa por esto de rogar al cielo con eficacia por el alma del que un día la hizo pasar del estado de simple señora á reina de grandes dominios.

Alfonso en su trono recibe tambien los pesames de la comitiva, pero acostumbrada la reina viuda á vivir lejos del bullicio y á no dejarse ver desde que le faltó el esposo, absorbe aquel día toda la atención y mas por el recogimiento y conformidad religiosa que ostenta y que se aviene mal con las noticias, acaso falsas, que acerca de la misma se difunden por la ciudad.

Así lo notan todos, desde el mas alto personaje al último escudero de la casa, al pasar por delante de ella; primero los infantes con sus familias, despues los consejos con sus cancleres, los ricos hombres y magnates, los oficiales de la real casa, la diu tacion permanente de cortes de Cataluña ó Generalidad, dividida en sus tres brazos, el militar, en el que va la flor de los caballeros, el eclesiástico, que preside el arzobispo de Tarragona y el real, que está representado por los síndicos de las ciudades; á los que siguen luego, los conuados de Aragon, Valencia, Mallorca, Rosellon, Cerdeña, Sicilia, Corcega, Cerdeña y Atenas; por último, precediendo al pueblo *menudo*, pasa la esencia de la república catalana, el guardador de sus fueros y libertades, el sabio consejo de la ciudad, con sus cien jurados y dos agigantados maceros que abren camino para que la grey libre vaya á orar por su antiguo señor, al pie de la capilla ardiente que se levanta en medio de la sala.

En tal punto se hallaba la funeraria ceremonia, que todo el mundo cumplía con religioso silencio, cuando una agradable voz, acompañada de una lira, vino á distraer el concurso y á llamar la atención del pueblo, que por tal razon no se afañó ya con tanta prisa en penetrar en la regia estancia, sin pararse antes un momento á escuchar el cántico misterioso. El que lo entonaba era un jóven que había sido paje de doña Elicenda, pero que no estaba ya entonces á su servicio, ni se atrevia á pedirlo de nuevo, por haberlo dejado ingratamente, llevado de la idea de ir á conquistar gloria en Sicilia, para hacerse así mas interesante á los ojos de cierta doncella de honor, de las muchas que servían á la casa de Urgel.

Así que el maestro de ceremonias oyó los primeros versos del canto, iba á dar órden para que el imprudente cantor fuese castigado con severidad, mas sus ojos se encontraron con los del monarca, y creyendo que la mirada de este fuese mas de cólera que de advertencia, hubo de acercarse y, como sincerándose, díjole en voz baja. — Pronto será castigado el imprudente.

Pero la mirada del rey habia sido solo de curiosidad, y así, en vez de manifestar al maestro que habia comprendido su intento, díjole antes bien: — Me habia propuesto que nadie espermentase los efectos de mi poder, mientras durase la ceremonia mortuoria por mi padre, y quisiera cumplirlo. La reina viuda os dará la órden que convenga entre tanto.

Y al indicar al maestro que se acercase á doña Elicen, observóse que esta despidió un profundo suspiro, hijo acaso

de una verdad escondida en su corazon por mucho tiempo, y removida en aquel instante.

— Por qué suspira la reina? dijo para sí el maestro; é iba á detener el paso, pero un movimiento afirmativo del rey le resolvió á hacer la pregunta de órden á aquella, que con suma atención escuchaba los cánticos del paje.

— Señora, dijo el maestro, que disponéis que se haga á ese insolente?

— Qué?... respondió la reina, y guardándose la palabra hasta que el paje hubo concluido su canto, buscó por su limosnero un florín de oro, y lo puso en la mano del maestro.

En tal ocasion volvió el cantor á empezar su cántico que era como sigue:

Cierta dama noble y rica  
llevaba siempre á su lado  
un paje que la servía,  
tan travieso como ingrato.  
Un día se confesó  
con un varon docto y santo,  
y le dijo, que iba á ser  
reina de grandes Estados,  
pues un rey la pretendía:  
mas, como el rey era anciano,  
quizás no tuviera hijos  
ni en su viudez buen amparo,  
y así, preguntaba al padre,  
qué es lo que haría en tal caso  
de sus riquezas y joyas.  
Responsóle aquel, que cuanto  
tuviese, para otro esposo  
podría bien reservarlo.  
Y al decirle ella que ¿cuál  
sería el que en tal estado  
la aceptase por esposa?  
habló en secreto muy bajo  
el padre, explicando quien  
sería el afortunado.  
Creyeron que era un secreto  
lo que dicho habian ambos,  
mas no lo fué, por qué el paje,  
junto á la puerta arrimado,  
lo oyó todo, pues fué siempre  
tan travieso como ingrato.

Al ver el maestro la atención con que escuchaba la reina, indeciso fué esperando que el cantor legase al mismo punto donde antes se habia parado, y al oír el último verso hubo de repetir á la reina la pregunta que antes le dirijiera, y á mas, ¿qué era lo que habia de hacer de aquella moneda? A lo que contestó la reina diciéndole:

— Lo que debéis hacer, es decir á ese cantor que no sabe toda la cancion, y que cuando la sepa, es decir, cuando averigüe quien fué el segundo esposo de esa desgraciada reina, que lo venga á cantar al palacio donde yo me encontrare. Entretanto dadle esa moneda de oro.

A tan inesperada órden quedáronse los admirados y el maestro corrió á ejecutar aquella.

Las campanas de la capilla real de Santa Agueda dieron entonces la señal de que cesaba la ceremonia.

En seguida el rey y la familia real se despidieron de la comitiva y esta fué desapareciendo por su órden.

¿A donde vá ese mar de gente que, entonado canciones populares y levantando en alto ramos y flores, se dirije desde la torre de San Severo (Canaletas) á las montañas vecinas? ¿Y esas carrozas con grandes señores, que van así mismo por entre la multitud, á donde se dirijen? El grito general de esta lo dice bien:

¡A Pedralbes, á Pedralbes!

A Pedralbes se dirije todo el mundo, á ver el nuevo monasterio que el oculto devoto ha mandado construir, á ver el lujoso y admirable edificio donde tantos artistas trabajaron, y en el cual se han de encerrar una porcion de vírgenes cristianas á las que nadie conoce aun, y en el que se dice celebrará su nuevo matrimonio la reina viuda. Pedralbes, pues, era aquel día el objeto fijo de los barceloneses y á él se dirijian todos con alegría y satisfaccion, todos, menos ciertos personajes de la primera nobleza que llevaban entonces consigo á sus mas hermosas hijas, ángeles de pureza que en ninguna funcion se dejaron ver jamás, y que solo se divisaron en palacio el día del aniversario del rey, para enjugar las lágrimas y consolar á la viuda doña Elicen.

Ya está toda la ciudad trasladada á los campos vecinos al monasterio, la gente se agolpa para presenciar la ceremonia augusta, para oír los votos de las vírgenes; las campanas al aire acaban de animar mas y men al concurso, por el interior del templo resuenan con los cánticos de los sacerdotes, sagradas armonías, y ya solo falta que se presenten las religiosas con su abadesa, para quedar establecida la comunidad y arraigada tan pia fundacion. Mas, ¿por qué la reina Elicen con su nuevo esposo y su comitiva no parece, siendo así que toda la familia real preside el acto, y se dá por positivo que aquella contraera matrimonio, tan luego como la iglesia esté consagrada?

Todavía no ha llegado la hora, todavía no puede saberse el misterio que encierra tal desaparicion. Pero sí, si: el paje que cantó á la puerta del palacio en el aniversario del rey, el que todo lo sabe, se acerca al monasterio y nos referirá el suceso. — Paso, al cantor!

Y atravesando el paje la multitud se dirigió hácia la parte de poniente y se sentó en una piedra debajo de la ventana que alumbraba el cuarto destinado para la futura abadesa. El pueblo le insta, preguntándole de todos modos porque no canta, pero él se resiste y dá solo por respuesta que ya lo hará cuando las vírgenes estén consagradas.

Y en efecto, en aquel momento, en el presbiterio del templo, donde solo podian acercarse entonces los de la familia real y los parientes mas próximos de las doncellas que supieron guardar el secreto junto con su sentimiento, acababan de pronunciar sus votos las primeras monjas de Pedralbes. Quienes eran dichas señoras se ignoraba aun, pues los votos que las cubrian no habian dejado ver sus rostros.

En tal momento y cuando se iba á conceder la entrada libre en la iglesia á todo el pueblo para que conociese á las profesas, entonó el paje el resto de su cancion del modo siguiente:

Feliz fué la reina hermosa  
al ver á su esposo amado;  
si queréis saber quien fué,  
escuchad al paje ingrato:  
ella reinó en Aragon,  
Moncada es su estripe claro,  
y el nuevo esposo fué el rey  
de todos los soberanos,  
el Dios del cielo y la tierra  
el que todo lo ha creado....  
Ved como el paje sabía,  
señora, el fin de su canto!

No bien oyó el pueblo el último verso, cuando precedido por el mismo cantor penetró en la iglesia; en aquel instante se levantaban las monjas el velo que las cubria, y la voz de un sacerdote se dejaba percibir de esta manera.

«La reina doña Elicen que destinó todas sus riquezas para la fundacion de este monasterio, pasa á ser esposa de Dios en este día, acompañada de doce jóvenes nobles de las principales familias de la Cataluña: en adelante no se titulará ya mas reina de Aragon, sino abadesa de Pedralbes.»

Tras estas palabras, las monjas volvieron á cubrirse con sus velos, pasaron al interior del monasterio y no volvieron ya á ser vistas jamás; con lo que regresó el concurso á Barcelona, siguiendo al rey, que llevaba á su lado doce nobles ancianos llorando á mas no poder.

El paje en adelante visitó alguna vez á su señora, que despues de haberle perdonado, le recibia en el locutorio y le favorecia con agradables dádivas; pero la reina murió, y al paje no le quedó mas recurso que volverse á las guerras de Cerdeña y Córcega.

El único recuerdo que ha quedado ahora de cuando la reina de Aragon pasó á ser esposa de Dios en Pedralbes, es un sepulcro que ocupa la izquierda del presbiterio: sobre la losa vése una figura de mármol tendida, que se puede con templar desde dos parajes diferentes, del presbiterio y del claustro: en aquel se vé la reina de Aragon con su corona y demas insignias reales: en el otro se vé á doña Elicen de Moncada, primera abadesa y fundadora del monasterio.

A. B.

#### LA ZAOUIA.

La *Zaouia* es un establecimiento árabe sin igual entre los que tenemos en Europa. Es á la vez una *capilla* que sirve de sepultura á la familia que fundó la *Zaouia*; una *mezquita* para hacer oraciones en comun; una *escuela* en que se enseñan todas las ciencias; un *lugar de asilo* en el que encuentra un refugio inviolable todo hombre perseguido por la ley; un *hospital*; una *fonda* para los viajeros y los enfermos; un *sitio de reunion* donde se cuenta y escribe la historia de los tiempos presentes; y por último una *biblioteca* en donde se conserva la tradicion de los pasados tiempos.

E. DE NEVEL. (Los Khouan.)

#### NUESTRA SEÑORA DE CHALONS-SUR-MARNE.

«Ahi está Chalons con sus bonitos chapiteles,» decía antiguamente el viajero en cuanto descubria en lontananza las largas y puntiagudas agujas que, en número de seis, se elevaban orgullosas á 65 ó 66 metros por encima de las casas. Nuestra Señora de Vaux, mas favorecida con respecto á esto que la catedral de San Estevan, tenia entonces cuatro de estas hermosas agujas; en el día no le queda mas que una; pero sin embargo se puede juzgar por nuestro dibujo que todo el edificio ha conservado bastante importancia, y bastantes ornatos y solidez para que pueda quejarse en demasia de las injurias del tiempo y de los hombres. En suma, es una bella iglesia gótica, cuya primera piedra fué puesta, segun dicen, por el obispo Alpin señor de Bayes, en el siglo V, en un valle cerca de la ciudad, y sobre un subterráneo consagrado antiguamente á las divinidades de las Galias. Largo tiempo esta iglesia se llamó Santa Maria ó Nuestra Señora del Valle; una de las capillas ha conservado el nombre de «Capilla de los Pantanos.» En 1437, Nuestra Señora era todavía de madera, y habiéndose notado á tiempo que



amenazaba ruina, se quitaron precipitadamente las campanas, las sillas de coro y las vidrieras, é inmediatamente se vino abajo todo el edificio: este acontecimiento se halla consignado en una lámina de bronce incrustada en uno de los muros del monumento actual. El público hubo de con-verse tanto con aquel desastre que los donativos para la reparación de Nuestra Señora no se hicieron esperar mucho tiempo. Ciento sesenta años se emplearon en reemplazar la



Nuestra Señora de Chalons-sur-Marne. — Dibujo de LANCELLOT.

iglesia de madera por el rico monumento de piedra que se vé hoy, y que constituye en el día la belleza mas primorosa de Chalons: sin embargo la fachada de piedra no se construyó hasta el año de 1469. Nuestra Señora de Vaux ha debido en gran parte los recursos que sirvieron para su conservación y aun para su engrandecimiento durante muchos siglos, al crecido número de fieles generosos que iban á rendir homenaje en su santuario á la célebre reliquia de San Nombri, venida de Roma y puesta por primera vez en 1407, por e obispo Carlos de Politiers.

LA PRIMERA MISA EN AMÉRICA.



Museo de Dijon. — La primera misa en América, cuadro de M. BLANCHARD.

La intervención de una ceremonia religiosa en el acto de apropiarse un territorio, no deja de tener su importancia en la historia, pues que ella hace constar la civilización de este mismo pueblo. El lazo religioso es ciertamente

el mas fuerte de los que mantienen á los hombres en sociedad, y ninguna nacion ha podido formar ninguno bien poderoso y durable sin la mancomunidad de creencias. Cuanto mas puras son estas creencias, cuanto mas conformes están



con los destinos humanos y más propias son al desarrollo de los instintos civilizados, tanto mas vigor y homogeneidad tienen los elementos nacionales; y si los pueblos cristianos han concluido por constituirse mas enérgicamente que los demas, y tienden tambien á dominar el mundo, el principal motivo es sin duda la superioridad de su religion.

Colocándose bajo un punto de vista puramente histórico, no puede negarse que la aptitud para formar las reglas morales y las aspiraciones humanas en un sistema completo, hecho visible por los símbolos, es lo que indica el carácter de una raza propia para asociarse y organizar sus instintos, es decir, propia para formar una nacion. Sin una fé aceptada, y patente por medio de un culto, los hombres quedan siempre extraños los unos á los otros en sus mas íntimas necesidades; los cuerpos y los espíritus están unidos, pero las almas separadas, y sin estas no puede haber alianza duradera.

En prueba de lo que sentamos aquí, no hay mas que considerar las tribus salvajes de la América y las negras hordas del Africa. La ausencia de una religion precisa, la intervencion del capricho individual en todos los actos de creencia, han impedido por todas partes el que se formase ningun lazo social. Hay asociaciones imperfectas de intereses, de pasiones, de tradiciones históricas; mas no existe lo que se llama una nacion.

Así, no hay mas que ver la actitud dada por el artista á los indios que oian misa por primera vez en aquella tierra! Cualquiera otro pueblo civilizado, fuese cual quisiera su creencia, comprenderia la gravedad del acto que se verifica ante sus ojos, en tanto que estos no participan de él ni aun por curiosidad; para ellos la ceremonia carece enteramente de significacion, y esperan tranquilos á que se acabe sin tratar siquiera de comprenderla.

Después, ya cuando los misioneros hayan puesto los piés en América, ellos tratarán de disipar la ignorancia de esta raza, ellos les enseñarán las verdades fundamentales del cristianismo: los indios por su parte conservarán en la memoria todo cuanto se les haya dicho, y se someterán en apariencia, á la ley cristiana; pero á la primera ocasion que se presente, esos recién convertidos volverán sin dificultad á sus usos salvajes. Diríase que les falta alguna cosa para entrar á fondo en esa esfera de ideas que ha creado el mundo moderno y que le conduce hácia el porvenir.

El acontecimiento tan perfectamente representado en el cuadro de M. Blanchard, data de cuando hizo su segundo viaje Cristóbal Colon. (Segun parece, la primera vez no llevó eclesiásticos consigo.) El famoso piloto llegó á Cuba é hizo celebrar el servicio divino en un sitio que designa aun la tradicion popular. Este acto solemne tuvo lugar en la Habana, donde se edificó despues una capilla.

Los trages que M. Blanchard ha puesto á sus marineros se usan todavia en España. Uno es el traje valenciano, cuya grave sencillez prueba su antigüedad, y que llevan aun los campesinos moros del otro lado del estrecho de Gibraltar. En este traje, la manta roja rayada proviene evidentemente de los árabes; en cuanto al chaleco de piel de carnero sin mangas, este se encuentra en todos los países que estuvieron sometidos á la dominacion romana.

#### DESCRIPCION.

Un sol de primavera, pero uno de esos soles de Italia que no palidecen con la primera nube, que no se debilitan con el mas ligero soplo de los vientos del Norte, un sol de estos, decimos, respaldece todavia en el Corso de Roma, sobre la

plaza del Pueblo, por encima de los ricos plátanos y de los añejos pinos de que se halla envuelto el monte Mario como de una túnica de luto. La ciudad entera se halla revestida de sus mejores galas para celebrar debidamente el principio de los hermosos dias; luego, lanzada en los pesados carruajes de los nobles, amontonada en las ligeras carretelas de alquiler y en los rápidos coches, escalonada en las anchas lomas del Corso, donde incesantemente pasan y vuelven á pasar las mugeres mas distinguidas de *Questa dominante*, sus jóvenes y galanes *monsignori*, sus viejos cardinales y la muchedumbre de sus principes, Roma, repetimos, hace el aprendizaje de esa dicha uniforme de cada dia que viene á espirar por la noche para renacer á la mañana siguiente entre nuevos placeres.

La *trottata* ha vuelto á hallar sus hábitos de lujo, sus dulzuras del *far niente*, la *trottata*, que principia en el palacio de Venecia para acabar en Ponte-Mole; ese Long-champs romano, Hyde-Park italiano en que todas las clases se confunden en una igualdad fuera de las leyes, pero que nace de las costumbres y que enadra tan admirablemente con el carácter de ese pueblo; la *trottata*, impacientemente deseada, se abria de nuevo á la luz, probaba sus alegrías de primavera y se embriagaba con rejuvenecidos ardores, coronaba con su sufragio popular las reñnas que los bailes de invierno habian proclamado en sus salones, ratificaba á la luz del sol esas reputaciones del gran mundo ansiosas siempre de semejante sancion; y luego presurosa y activa como en todos los placeres en que se mezcla el pueblo, corria sin reposo, marchaba sin fin, y se detenia sin la menor pena. En aquel paseo de todas las tardes se veia todo cuanto brilla en Roma por el genio ó por la belleza, por las virtudes ó el poder. Encontrábase allí esas nobles matronas de rasgos varoniles, de formas antiguas y de negros ojos que tan bien nos supieron pintar Tacito, Juvenal y Ovidio. Su mirada protectora, lo mismo que en los siglos de estos grandes hombres, guiaba á jóvenes, con ojos cargados de voluptuosidad, y cuyo seno casi desnudo palpaba con un deseo acoso no comprendido todavia bajo la cortada respiracion de aquella muchedumbre, devorando una sonrisa, ó animándose con un ademán imperceptible que venia de un dedo blanco y torneado. Ademas, se veian allí muchos de esos hombres llenos de una elegante desenvoltura, que, ya bajo el traje mundano y la sedosa capita de prelados de la santa Iglesia, ya bajo la bordada casaca de los nobles del siglo XVIII, con su cabellera de azabache, sus brillantes encajes, y sus bonitas espadas, se lanzaban en hermosos corceles, y despues orgullosos con su nobleza, y mas orgullosos todavia con sus buenas prendas, corrían á ofrecer sus respetuosos homenajes á las mugeres cuyos nombres históricos ó cuyas gracias eran aplaudidas en la ciudad entera.

En medio de esta reunion de principes y de artistas, de jóvenes hermosas como romanas, y de gallardos mozos radiantes de vida y juventud, confundidos todos en la plaza del Pueblo, eco de todas las galanterías, y punto de reunion de todos los placeres, distinguíase sobre todo el conde don José de Acquaviva, que, despues de haber viajado largo tiempo por la Europa, acababa de ser llamado á Roma por su familia de la que era el único heredero.

José de Acquaviva habia visto muchas cosas en sus correrías, y creia conocer muy bien la naturaleza humana. Habíase detenido en Fernay, y cuando el viejo Voltaire le tuvo entre sus garras, cuando con su palabra siempre irónica, siempre patzante y graciosa le hubo despedido de su candor de jóva, escribió á sus *angeles* de París: «Tengo en mi ca-

sa un huésped, gran señor de los estados del Papa, de quien quiero sacar un filosofo; ya tengo andadas las tres cuartas partes del camino.»

De allí José se fué á Berlin. En Postdam estudió á Federico y á su escuela de sofistas. San Petersburgo le mostró las glorias y las ignominias del reinado de Catalina II; luego deteniéndose en todos los principados alemanes llegó por fin á París, donde fué presentado á la corte, y Dios sabe si en ella era donde el conde José debía esperar el ganar en arrepentimiento lo que habia perdido en inocencia.

Entonces fué cuando su familia le mandó á llamar, alarmada por las mil revelaciones que la llegaban cada dia por todas partes acerca del jóven Acquaviva. En efecto, no se hablaba de otra cosa á la sazón que de sus locuras y prodigalidades y de sus aventuras de amor, y hasta el soberano pontífice tan tolerante y lleno de indulgencia como lo era para la juventud, no habia podido ménos de mezclar su venerada voz á la de todo el mundo.

El tio de este hijo pródigo, el cardenal Anfossi, uno de los miembros mas célebres y virtuosos del sagrado colegio, fué encargado de las amonestaciones y de los consejos, y cumplió su mision con una bondad enteramente paternal. José de Acquaviva entró pues en Roma bajo los auspicios del perdón; pero volvió ostentando un absoluto desprecio por todo aquello que le habian enseñado á respetar cuando era niño; volvió frio y desdénoso; creyéndose dueño de su corazón y de sus pasiones, y por último cediendo á cada instante sin reflexion, sin necesidad y sin cálculo á sus extravíos, volvió al reñño bien decidido á criticarlo todo, á no admirar ninguna cosa, y á no creer en nada, y lisonjeándose en el secreto de sus pensamientos de que iba á dar á la nobleza romana una de esas lecciones tomadas por él en la escuela de los jóvenes nobles franceses que la corte de Luis XV tenia bien cuidado de corromper, y que de alli caian en los sabios de París que á fuerza de sofismas daban la última mano á la obra tan bien comenzada en las antecamaras ó en los gabinetes particulares de Versalles.

Rodeado de algunos alegres cortesanos cuyo tono pedantesco y cuyos modales friamente burlescos y afectados les han servido de títulos para reunirse á él como otros tantos satélites en torno de un nuevo astro, Acquaviva se mezcla un instante entre los grupos que forman un salon al aire libre en la puerta del Pueblo; escuchando distraído las amistosas palabras de sus viejos parientes, dirige algunos cumplimientos tan tanto impertinentes á las mugeres que le distinguen al pasar, y luego cansado ya de la monotonía del paseo, se le encuentra por último ostentando un aburrimiento bajo la tienda del café de la Columna entre un sorbete de Faenza con el que se remoja los labios de tiempo en tiempo, y el *Mercurio de Francia* que apenas se digna hojear entre sus dedos.

Así pasa su tiempo tendido con indolencia, saludando con un imperceptible movimiento de cabeza, sonriendo con un saludo desdénoso, ó un ademán hecho con su mano perfumada á los jóvenes que pasan, envidosos de su elegante carroza, de sus escudos de armas pintados con una gracia digna de Watteau, y de su par de caballos ingleses cuyo ardor puede apenas contener toda la habilidad de su cochero de Londres.

En este mismo instante una jóven del pueblo, pobre como un capuchino y casi tan desnuda como un *lazzarone* napolitano, pero hermosa como una madona de Rafael, con grandes ojos negros, una frente tan pura y unos rasgos tan decorados como sublimes de poesia, se desliza como una cente-

lla por medio de los coches que se tropiezan y de todos los caballos que relinchan, y despues de haberse abierto paso por la multitud, se detiene en frente del café, toma en sus manos una lijera bandolina, y canta con una espresion encantadora algunas de esas canciones italianas que los ángeles parecen acompañar desde los cielos. Nadie la presta atencion, nadie la escucha, nadie se digna dirigirle una mirada, pero la pobre jóven sigue cantando porque gana su vida con esas melodías, y en ellas estringen sus esperanzas cotidianas, sus esperanzas de todas las horas. Concluida la cancion, con la frente encarnada de pudor, velados los ojos con sus largas pestañas y casi sonriendo á través de las lágrimas dispuestas á correr en el instante, se adelanta con tímidos piés hácia las mesas; su mano trémula se abre ante cada hombre de los que están sentados, y algunas palabras dichas en voz baja, se desprenden una á una de sus labios como para implorar la compasion que no ha podido inspirar con sus cánticos.

De este modo pasa por delante de José de Acquaviva, que, absorto en sus contemplaciones interiores del triunfo que lleva su vanidad, quizá no ha oido la tierna melodía con que la jóven cantatriz acaba de embellecer sus hermosos sueños. Acquaviva la mira con esa indiferencia de un gran señor hastiado que no cree en el hambre ni en la miseria y le dice arrojándole en la mano algunas monedas pontificias:

—Ea, ea, sigue tu camino, hermosa niña y ruega á Dios por don José de Acquaviva.

Para la jóven el rogar á Dios era sinónimo de seguir cantando. Por eso vuelve á principiar su himno suave como el canto de una madre, ternísimo como una elegía de Tibullo. Su voz, acompañada por la bandolina, se eleva y baja alternativamente, y ya llena de fuerza ó de melancolía, dominaba el rumor de la muchedumbre, ó impregnada de una triste melódiosa iba á aspirar en los corazones como un eco debilitado de los padecimientos del alma. Al oír aquellos acordes que no escuchaban por cierto la mayor sorpresa bajo un cielo en donde toda voz es armoniosa, en donde la lengua es poesia, el conde José se siente conmovido; sus ojos se clavaban en aquella niña cuyos vestidos son transparentes de indigencia, cuya voz encuentra en un instante el camino del alma, y que tan bella se manifiesta cantando las penas del amor que no ha sentido todavia. Acquaviva la contempla largo tiempo estudiando cada uno de sus rasgos, siguiendo todas las inflexiones, todos los matices de su órgano maravilloso, é imaginándose en secreto los detalles de sus nacientes perfecciones; luego, cuando la jóven terminó su última cancion, é hizo con la cabeza radiante de juventud y de inocencia un ligero ademán en señal de despedida, el conde esclamó en alta voz:

—Si Santa Cecilia no estuviese ocupada todos los dias en encantar los oídos de Dios en el cielo, por mi parte estaria á punto de creer, señores, que le habia dado la idea, para agradaros, de disfrazarse de mendiga y de darnos esta tarde uno de esos conciertos que deben envolver los serafines. Qué piensas de ello, principe Barberini?

—Pienso, mi querido conde, que los relinchos de tus magníficos caballos son mas lisonjeros para nobles como nosotros que todos los cantares de esa mozuela. Si tuviesemos que admirar á todas esas cantatrices de sonetos amorosos con la tez morena y la frente cargada de un sudor que no es el sudor *secularis*, el *pulverem olympicum* de Horacio, la tarea seria por cierto bien penosa y es seguro que bien luego me veria precisado á implorar del papa una indulgencia plenaria *in extremis*. En Roma es mas raro un buen



caballo que una hermosa voz. Yo admiro muchísimo los tuyos. Así pues, ya puedes dejar en paz á tu Santa Cecilia del Velabre, ó á tu querubín del Monte-Testaccio.

— Si José de Acquaviva desea á toda costa las buenas armonías, repuso el joven marqués de Rufo, que van á llamar á Palestri el divino músico de la capilla pontificia que modula como los dolores de la Didon en la hoguera. Traigamos aquí al pequeño Rossi, á la prima donna de San Pedro, al ruiseñor del teatro Della Valle y que canten acompañándose con la bandolina ó con el órgano; y cuando haya oído don José y haya podido comparar entonces con su protegida, podrá decirnos su opinión sobre este punto.

— No, no; señores míos, no quiero. En cuanto á música priñero la naturaleza, y por el pronto confieso que daría de buena gana mis dos caballos ingleses y mi cochero también al que me proporcionase la ocasión de entrar en las buenas gracias de esa joven.

Una salva de irónicos aplausos acogieron este galante desafío. Barberini se lanzó en el Corso en persecución de la muchacha: la busca, la encuentra, y luego tomándola por la mano sin proferir una sola palabra, la arrastra casi á viva fuerza bajo la tienda del café.

— Aquí está, exclamó Barberini dirigiéndose á sus amigos, aquí está el ángel que debe recordar todos los éxtasis del paraíso al conde don José de Acquaviva. Vamos, ardiente enamorado, admírala á tu gusto; que cante hasta dejarte sordo, yo no me opongo á ello. Nosotros, señores, respetemos esta primer entrevista, y puesto que ya tengo hipotecados los caballos de nuestro inflamable compañero, continuemos á su costa nuestro paseo.

En efecto, todos partieron juntos riéndose á carcajadas, y José se quedó solo con la joven. Esta, acostumbrada ya á la indiferencia de la muchedumbre, no extrañó aquella súbita separación, pero cuando Acquaviva la tomó la mano con un interés que ella no comprendía, cuando la suplicó que cantase mas y para él solo, y por último cuando una moneda de oro que sintió entre sus dedos la hizo conocer de antemano el precio que el joven romano acordaba á un favor que jamás se había visto tan bien recompensado, la joven alzó hácia él sus grandes ojos negros, brillantes de gratitud, y luego con una voz dulcísima repitió todas las canciones que pudo suministrarle su memoria. José la escuchaba entregado á un profundo sentimiento de admiración; seguía cada uno de sus ademanes, saboreaba sus inteligentes sonrisas, y se sorprendía al encontrar bajo los harapos de la miseria una belleza que podría hacer enrojecer de celos todas las frentes de las damas romanas.

— Está muy bien; hija mía; os agradezco mucho el gran placer que acabáis de darme, pero no es esto todo, tengo otro favor que pedir, favor que acaso pueda servir de mucho algún día; como os llamáis?

— Los Pifferari de los Abruzzos que me abandonaron en Roma en las últimas pascuas de Navidad, me dijeron que debía llamarme Benedetta.

— Benedetta! Está bien, hermosa cantatriz; es un nombre de favorable agüero como se decía antes; pero sin duda no estais sola aquí y abandonada como una huérfana á la caridad pública; tenéis parientes, amigos, madre quizá?

— No tengo parientes, no señor, y amigos menos, porque los pobres no los tienen, y jamás he conocido á mi madre.

— Me habeis dicho que los Pifferari de los Abruzzos son

los que os han traído aquí; que hacíais, pues, con ellos?

— Cantaba al pie de las madonas, á la puerta de los conventos ó á la de los palacios, y los acompañaba siempre en sus escursiones; pero el invierno ha sido muy malo, y mas de una vez nos ha faltado el pan. Me dió la fiebre en Roma cuando ellos se marchaban, y después de haberme dicho como Vuestra Escelencia, que ese nombre de Benedetta sería para mí de buen agüero, se volvieron sin mí á la montaña, dejándome bajo la protección de Nuestra Señora de las Flores.

— Y la Virgen no os abandonó, Benedetta, puesto que me ha hecho salir á vuestro encuentro, infundiéndome la idea de seros útil. Ya se va acercando la noche; mañana deseo veros otra vez, y entonces hablaremos de lo que os interesa; pero, dónde podremos encontrarnos? En qué calle vivis?

— Ya no hace nada de aire; las noches están hermosas y calientes; yo duermo bajo las columnas del Vaticano.

— Está bien; mañana estaré allí en cuanto salgan los primeros rayos del sol.

(Se continuará.)

#### JOSÉ RIBERA (EL ESPAÑOLETE).

José Ribera, así como otros grandes hombres, ha tenido el honor de ser reclamado, después de muerto, por dos bellos países, la Italia y la España.

Los italianos, en efecto, sostienen que Ribera nació en Gallipoli, reino de Nápoles, pero este aserto, felicitemente para la escuela española, es falso de todo punto, porque existen dos pruebas irrecusables de las cuales se desprende positivamente que Ribera es español. La primera de estas pruebas, viene de la propia mano de este artista en la estampa de su cuadro de Baco donde se leen estas palabras: *Joseph à Ribera, Hisp. Valenti. Stab. F. Partenop. 1628*; y la segunda no ménos concluyente, se halla en una magnífica *Concepción* que pintó para las religiosas de Monterey, y que firmó con todas sus letras: *Jusepe de Ribera Español Valenciano fecit 1635*.

En el día está averiguado que Ribera nació en la ciudad de San Felipe de Játiva cerca de Valencia el día 12 de enero de 1588. Destinado por su familia á la carrera de las letras, fué enviado á Valencia para estudiar, pero la vocación fué superior á la voluntad paterna, y el joven entró luego en el estudio del pintor Ribalta. No hay necesidad de añadir aquí que sus estudios fueron tan rápidos como sorprendentes. Al cabo de poco experimentó, como muchos otros, la necesidad de visitar la Italia, y en efecto pasó á ella, consagrando todo su tiempo en este país á estudiar las antigüedades y las pinturas de los grandes maestros, con un buen éxito tan incontestable, que, aunque era todavía un joven, sus condiscípulos le pusieron *El Spagnoletto*, siguiendo la costumbre de aquellos hermosos tiempos del arte en que todos los pintores ilustres, no eran conocidos sino bajo el nombre de su patria.

Desde aquella época el genio de Ribera tomó el aspecto terrible y sombrío que ha quedado como uno de los caracteres particulares de casi todas sus composiciones. *El Martirio de San Bartolomé*, que se ve representado en nuestro dibujo, es una de las pruebas mas sobresalientes de su estilo. La crueldad y el horror del asunto, la feroz realidad con que está espresado, el vigor, la fuerza de sus toques, el realismo de los contornos, del modelado y del color, la poderosa origi-

nalidad del claro-oscuro, todas esas cualidades hacen de José Ribera un pintor excepcional: tiene algunos puntos de semejanza con Miguel Angel de quien fué discípulo en Italia, pero tiene muchos mas aun con el genio personal y distintivo de los maestros españoles. Este lienzo vive y alienta, como

los Cristos del divino Morales, como los frailes martirizándose á sí mismos, del inexorable Zurbarán.

J. J. ARNOUX.

(Se continuará en los próximos números.)



El martirio de San Bartolomé.

#### LA PEÑA HUECA.

CUENTO ARABE.

Mak-abali era uno de los mas ricos mercaderes de la Meca. Por ser ya muy anciano deseaba ver casada á la única hija que le había quedado de su buena esposa.

Fakmelsa, que tal era el nombre de la joven, rayaba ya en los diez y siete años, era muy hermosa, amaba en gran manera á su padre, y procuraba siempre complacerle en todo.

Sin embargo cuando fué sabedora que el anciano Mak-abali tenia ánimo de casarla, se echó á llorar y á abrazar á su padre diciendo que no queria apartarse de su lado porque con ningún hombre estaria mejor mas que con aquel á quien debía el sér.

Mak-abali que veía frustradas sus mas halagüeñas esperanzas, y que temia que á la mejor ocasion, noticioso el Sultan de la rara belleza de Fakmelsa, se la arrebatara para tener una joya mas en su harem, enjugó el llanto de su hija procurando disuadirla con las mas elocuentes palabras



y razones convincentes diciéndole que el mancebo que obtuviese su mano debería llevar un buen dote y á mas debía ser hermoso y amable y que debía obligarse á vivir con ellos.

Con estas condiciones aceptó la jóven el matrimonio. Mak-ahali contento y satisfecho del feliz resultado de sus tentativas, abrazó con efusión á su hija y la nombró heredera de todas sus riquezas, que por cierto eran inmensas.

El anciano hizo correr la voz de que trataba de casar á su linda hija, y al momento los jóvenes que habían admirado á Fakmelisa trataron á su vez de obtenerla.

De los varios que se presentaron solo tres eran dignos de la mano de la jóven.

Perplejo se encontró Mak-ahali sobre en quien debía recabar la elección, empero salió del apuro diciéndoles que volvieran el día siguiente.

En tanto el anciano se fué á consultar á una mujer, que segun es fama era hija de un jenío; espíclele el caso con la mayor mimiosidad y le rogó que le diera su parecer.

Reflexionó la mujer algunos instantes y...  
— Yo soy de parecer, venerable Mak-ahali, dijo, que la deis á aquel que tenga mas astucia y mas valor.

— Y bien, como lo sabremos?  
— Escuchadme: proponedles que el que os traiga una manzana del jardín de los placeres, á aquel darcis vuestra hermosa hija.

— Pero, donde se halla este jardín?  
— No habeis oido nunca hablar de la *peña hueca*?  
— Repetidas veces.  
— Pues bien, es preciso penetrar en aquella peña para llegar al jardín de los placeres.

— Pero se cuenta que hasta ahora nadie ha podido llegar á él.

— Porque los varios que lo han probado no han tenido el suficiente valor, ni bastante astucia; y por esto os repito que el que os traiga una manzana del mencionado jardín, será digno de vuestra Fakmelisa.

El anciano, satisfecho de la respuesta que le diera tan hábil muger, le dió las gracias y fué á contarlelo á su hija.

A la mañana siguiente los tres jóvenes amantes se dirijieron al venerable Mak-ahali. Este al instante les propuso que el que deseara obtener á su hija debía traerle una manzana del jardín de los placeres.

Al oír tan absurda proposición todos quedaron absortos sin saber que resolver.

Por fin todos se decidieron á tomar á su cargo la empresa.

Empero uno de ellos, que se llamaba Entemi, animado de mayor esperanza, fué el que emprendió mas pronto el camino, habiéndose armado antes de un fuerte alfanje damasquino, por si tenia que defenderse de algun agresor.

Habia ya andado unas cuantas horas cuando rendido por el cansancio se recostó debajo de una palmera cerca de la cual brotaba una fuente cuyas limpias aguas caian en forma de cascada de perlas y rubies, derrumbándose desde la cumbre del monte á un precipicio sin fondo.

A poco rato vió acercarse un ave de mil colores.

Llegó por fin, púsose en la palmera, despidió un melodioso canto y bajo para beber en la fuente.

Apenas habia gustado el agua cuando se trasformó en una bellissima hada.

Admirado el mancebo no osaba hablar palabra, ni moverse para no hacer ruido.

Aquella, sin reparar en la presencia de Entemi, desnu-

dóse enseñando sus hermosísimas y torneadas formas de alabastro. El viento mecía su dorada cabellera haciéndola describir misteriosas figuras en las blancas espaldas de la hada.

Esta se metió despues en la fuente para bañarse.  
Al cabo de breves instantes seis aves de la misma especie que la primera, pero mas pequeñas, fueron posándose sucesivamente en la palmera, y despues de haber cantado bebían del agua de la fuente y se transformaban en mugeres.

El depósito de la fuente iba engrosándose á medida que iban llegando las aves.

Hacia una hora que duraba este espectáculo, cuando Entemi, sin ser jamás notado, sin poder comprender lo que sus ojos veían, tosío y las hadas volvieron la cabeza.

Levantóse la mas bella, que parecia la principal, y todas quedaron ricamente ataviadas.

La principal dirigióse hácia el mancebo, y manifestando suma indignación, le preguntó quien era, que hacia allí y á donde iba; pero se calmó su cólera al ver la suma modestia con que Entemi respondió á sus preguntas.

Hizo una seña á sus compañeras, y todas al instante le rodearon, presentándole varias frutas de las que comió el jóven con bastante apetito.

Tomóle la mayor el alfanje, se lo mojó en el agua de la fuente, y se lo presentó diciéndole:

— Toma, con este alfanje superarás todos los peligros que te se presenten antes de llegar á la peña, despues no podrás ya hacer uso de él, porque te se romperá como el cristal.

Y al decir esto volvieron á tomar la forma de ave, se colocaron en la palmera, y entre todas formaron un delicioso concierto, volviéndose despues al punto de donde vinieron.

Entemi volvió luego á emprender su camino. Al cabo de corto tiempo divisó á un hombre altísimo que se le aproximaba.

Encontráronse, por fin, y el gigante, pues que no era otra cosa, le miró airado, y sacando su enorme alfanje, se preparaba para cortar la cabeza á Entemi, cuando este evitó el golpe, y de un revés corrió la muñeca á su adversario, que saltó temiendo aun empuñada el arma mortífera. El gigante viéndose perdido echó á correr y desapareció.

Apenas habia andado unas dos horas, cuando se le presentaron dos enormes leones, quienes impidiéndole el paso, empezaron á rugir cual si estuviesen acosados del hambre.

Entemi, sin hacer caso del peligro que le amenazaba, echó mano al alfanje y se lanzó corriendo contra los fieros animales, quienes se abalanzaron tambien hácia el jóven; pero este que estaba dotado de una agilidad suma, dió un salto atrás y cortó de un revés la cabeza del leon que tenia mas cerca, y con ménos tiempo del que se necesita para decirlo, se volvió y cortó la del otro.

Habiendo salido airoso de esta nueva aventura pasó adelante como si no le hubiese acaecido cosa alguna.

Por último llegó al fin de su viaje.

Rendido Entemi por el cansancio, sudando á mares, se arrojó sobre la peña hueca y allí descansó por espacio de algunos minutos, despues de los cuales intentó penetrar dentro de la peña, pero asi que tuvo el pié en el hueco una gran ráfaga de viento silbando con furia le arrojó unos emantos pasos mas léjos.

Levantóse Entemi y volvió á probar.

Pero le sucedió el mismo chasco que la vez primera.

Ni por esas se dió por vencido, pues osado intentó volver á meter el pié en el hueco, y salió un enano con una varilla llena de campanillas y cascabeles, con la que iba dando al pobre jóven diciendo á cada golpe:

— Toma, toma, atrevido, toma...

Entemi desenvainó el falange pero fué inútilmente, por cuanto el primer tajo que quiso descargar dió contra la varilla del enano y se quebró cual si hubiese sido de cristal, quedando cumplida la profecía de la hada.

Lanzó el mancebo el puño que en la mano le quedara y se arrojó sobre el enano procurando sujetarle, cosa imposible, pues apenas se veía cogido por su adversario se disipaba como el humo y volvía á aparecer detras del desgraciado Entemi dándole de nuevo con la varilla.

El jóven tambien hacia uso de sus puños pero sin ninguna utilidad, pues el misterioso enano sabia evitar los golpes con suma presteza y agilidad.

Sin embargo es de notar que á cada golpe que daba el enano, caía de la varilla una campanilla ó un cascabel, hasta que por último se quedó sin ninguno la varilla del caprichoso personaje, el cual cayó muerto.

Contempló por espacio de algunos instantes nuestro héroe, despues de los cuales probó nuevamente si podría entrar en la cueva, y fué mas feliz por cuanto no se le presentó ningun obstáculo.

Así que entró, halló un largo corredor practicado en la roca viva, al fin del cual se iba ensanchando hasta formar un verdadero embudo, y en cuyo espacio reinaban las tinieblas.

De vez en cuando creía oír algun ruido cual si alguna ave nocturna revolotease por su alrededor.

Otras veces se figuraba que veía fantasmas que le amenazaban con darle la muerte si daba un paso mas.

Allí se le aparecía un espectro feroz con un puñal ensangrentado; allá notaba una voz ronca y furiosa que le llamaba, en fin, todo le intimidaba reprochándole su osadía y temeridad.

Entemi aturdido y con el corazón que apenas se atrevia á latir, estaba perplejo acerca de que resolucion tomara, hasta que por último, procurando vencer la preocupacion que le atormentaba, y no haciendo caso de las ilusiones que evocaba su fantasia, intentó dar algunos pasos para buscar una entrada á fin de proseguir su camino hasta encontrar el jardín.

Dió algunas vueltas por aquella especie de aposento y no encontró ninguna abertura.

Estaba ya decidido á volver atras cuando oyó un gran ruido sobre su cabeza.

Espantado el jóven trató de observar lo que habia sido, mas ¡cuál fué su asombro y admiración al ver que el camino por donde habia pasado estaba cerrado!...

Por desgracia se habia hundido una enorme peña, y mucha tierra de la bóveda que cobijaba la galería subterránea, y obstruía el paso.

Entemi creyéndose ya muerto y que aquella morada le serviría de panteon, dió algunos pasos con los brazos cruzados sobre el pecho, cuando debajo de sus pies oyó un ruido sordo resonando cual si golpearan en una tumba vacía.

Inclinóse y tocó una argolla de hierro.

— Oh!... estoy salvado ya!... exclamó en la expansion de su júbilo; no hay duda, levantando esta losa encontraré algun nuevo corredor que me conducirá á donde deseo.

Y al decir esto, asió fírmemente la argolla y procuró

levantar la piedra empleando todas sus fuerzas, fuerzas que se estrellaron con la imposibilidad de moverla.

Varias veces repitió aquella accion, y otras tantas fué en vano.

Empezaba ya á desesperar Entemi, viendo frustradas sus esperanzas, cuando volviéndose al otro lado tropezó con una barra de hierro.

Tomóla con alegría, viendo que la suerte secundaba sus intentos, y metiéndola en la argolla de la losa, hizo un esfuerzo extraordinario, haciéndola girar á un lado.

Entonces se le presentó una abertura de mas de tres palmos cúbicos, y se metió en ella, donde encontró una escalera de caracaol.

(Se concluirá en el próximo número.)

#### LA VUELTA A LA ESCUELA.

El sol inunda los campos con su risueña luz; los pájaros cantan en los árboles, y las abejas revolotean de flor en flor.

Peters no ha podido resistir á tamaños encantos: separándose del camino de la escuela con su hermanito Williams se metió por los senderitos de los trigos, atravesó el arroyo que divide el valle, y en tanto que Williams perdido entre los matorrales se ocupa en recojer flores que abandona inmediatamente por cojer otras nuevas, él, arrastrándose bajo las zarzas trata de sorprender algun nido entre la espesa bojarasca.

Por fin sus esfuerzos se ven recompensados; acaba de sorprender el oculto asilo de un pajarillo que echó á volar llenando el espacio de lamentos! Dueño de su presa, principió como todos los conquistadores por la destruccion; el nido tan cuidadosamente elaborado ha sido hecho pedazos y arrojado al suelo; los verdosos huevecillos han sido ensartados en una larga paja y nuestro pequeño vagamundo se aleja rápidamente como un soldado de vuelta de un saqueo.

Y esto consiste en que en medio de sus furtivos placeres acaba de asaltarle un temor acompañado de un remordimiento. El sonido de la campana de la aldea le ha recordado de pronto su abandonada escuela: piensa en la sorpresa de la maestra, en el descontento de sus parientes, en la doble responsabilidad de su falta y de la de Williams, y su primera audacia se amoriguna, su alegría se apaga con la inquietud; apresura el paso, corta á través de las veredas, y entra en la escuela por la puerta falsa.

Ya llega. Peters se detiene á la vista del ribazo lleno de viñedos; su corazón late mas de prisa; se adelanta rozando con la tapia, la mano en el sombrero y tomando las precauciones del culpable que se prepara á rescatar su falta con la humildad. Williams anda de puntillas y ocultándose... parece el remordimiento vivo que sigue al criminal.

Ambos se deslizaron hasta la puerta. El gato estaba acurrucado junto al umbral; un rayo de sol perdido en la sala ilumina los rostros de los chicos de la escuela. La maestra, que estaba dando una leccion de lectura, cediendo al fuerte calor del día ha cerrado los párpados y acaba de dormirse.

Peters va entrando poquito á poco con su hermanito, hasta el último banco de la clase; oculta por detras su sombrero con el botón del campo, abre su libro, y aparenta que estudia.

Inútil subterfugio! la maestra se despertará, y entonces preciso será dar cuenta de las horas perdidas en el campo; entonces vendrán las rimprimendas y el castigo.



Acéptalas, Peters, acéptalas por tu hermano y por ti, porque eso te servirá de útil preparacion para tu vida. Regocijate con haber aprendido en tus primeros años, que las fal-

tas no pueden ocultarse mucho tiempo, y que la destreza no reemplaza jamas la espiacion! Acaso tambien dentro de algun tiempo en el vasto campo



La Vuelta á la Escuela.—Cuadro de WEBSTER.—Dibujo de FREEMAN.

de la fantasia, irás en busca de los placeres, en tanto que el deber te llamaba á tu casa, y acaso en la edad de las pasiones habrias podido huir el yugo social, como has huido hoy el de la escuela: pero la esperiencia te hará prudente. En adelante ya saldrás que la vigilancia no puede engañarse mucho tiempo; que el ojo cansado que se cierra, no tarda mucho en abrirse, y que por todas partes, y en todas las épocas de la vida, el hombre tiene alguna maestra de escuela á la cual no puede sustraerse, llámese Ley, Opinion pública ó Conciencia!

JUAN HONORATO FRAGONARD.



H. FRAGONARD P.

L. DUWARDIN SC.

La fuente del Amor.

Juan Honorato Fragonard nacido en Grasse en 1732 y muerto en Paris en 1807, trabajó en la mayor parte de los géneros que contiene el arte de pintar, imitó todos los estilos y salió bien en cuanto emprendió. Se puede asegurar sin temor de equivocarse que hay hoy en el Museo del Louvre mas de un paisaje suyo entre los que pasan por de maestros flamencos; cuando imitó á Ruysdael, no le falta á su cuadro mas que la firma del famoso pintor; con la mayor facilidad del mundo supo iluminar sus lienzos con todos los fuegos de Jordaens, buscando tambien incesantemente el claro-oscuro de Rembrandt.

Pero cuando emprende los asuntos predilectos de la escuela de Boucher y de Greuze, dando á luz cuadros semejantes al de la Fuente del Amor, entonces se eleva á una altura á que no llegan los dos artistas que acabamos de nombrar.

En el cuadro de Franklin sentado en las nubes velando sobre la América apoyada en sus rodillas, y llamando á Marte á que combata contra la tirania y la Avaricia, en tanto que

para proteger al mundo opone al rayo el escudo de la ciencia personificada en Minerva, Fragonard supo conservarse á la altura de este asunto grandioso, interpretando y realizando el único verso que puede oponer la latinidad moderna á las imágenes de Virgilio y Horacio «Eripuit celo fulmen sceptrumque tyrannis» y creó un Franklin tan sublime que dudamos que ningun otro pintor lo hubiese hecho.

Y sin embargo, podemos decir aqui que Fragonard no conocia su valor.

Despues de su brillante aparicion en la esposicion de 1765 donde envió su Creso, dándose la muerte para salvar Callirhoe, no se volvió á mostrar hasta dos años despues, y luego no se le halló mas en veintidos esposiciones publicas que tuvieron lugar ántes de su muerte.

Pocas obras nos dejó concluidas el pintor Fragonard, escepto algunas páginas que, por su acabado magistral, hacen deplorar amargamente que nos haya dejado tantas otras



por concluir: el total de sus obras no se compone mas que de brillantes apuntes de bosquejos acentuados ó ligeros, y siempre preciosos en cuanto á pensamientos y composición. No parece sino que una vaga é indefinible inquietud presidió siempre al destino de este genio, buscando perpetuamente, y sin encontrarle, el camino que debía seguir. A veces hasta se duda que Fragonard tuviese fe en sí mismo; y puede decirse de él que atravesó los campos del arte como ese pájaro hurón de los bosques del Nuevo Mundo, de que hablan los viajeros, que mita con la mayor exactitud la voz de todos, sin posar en sí ninguna propia, constituyendo su originalidad la multitud de sus imitaciones.

Cuando entró en el segundo conservatorio del Museo nacional de las Artes en el mes de pluvioso del año V y el consúl de administración del Museo central, Fragonard se quedó sin empleo, y en mala posición, como hemos visto en los archivos inéditos del Louvre. Entonces fué cuando se le encargó por el ministro del Interior, á petición de los miembros del nuevo consejo, de la inspección del transporte de los objetos de arte de Versalles, donde se empezaba á fundar á la sazón el museo especial de la escuela francesa; pero este empleo quedó suprimido por un decreto del 22 prarial del año VII, y Fragonard acabó su vida en la práctica del arte, y siguiendo solicitado el maravilloso aumento de nuestra gran colección comenzada á formar por la República, y que acababan el Consulado y el Imperio.

J. J. ARNOUX.

### BENEDETTA.

(Véase la página 98.)

El conde de Acquaviva cumplió su palabra. Al salir el día estaba ya en el sitio de la cita. Benedetta estaba durmiendo todavía, y dormía con un sueño tan apacible, estaba tan hermosa, con la cabeza en su almohadón de mármol, reposando allí, bajo la bóveda del cielo, con toda la virginidad de sus quince ó diez y siete años y su porvenir tan rico de esperanzas, que José se puso á contemplarla en silencio, á admirarla, y á seguir con sus ojos los sueños que debían ocupar á aquel corazón que latía tan ligeramente bajo un corpiño de terciopelo ajado adornado de encajes desgarrados. El conde oía la respiración de aquella pobre niña hacia la cual le impelia un secreto instinto mucho mas poderoso que su voluntad. Su mano acariciaba sus largas trenzas de cabellos que el viento de la mañana inundaba de brisas perfumadas, y luego, arrastrado por un sentimiento que no era ya la compasión, el joven conde se inclinó sobre la fresca fisonomía de Benedetta: aquel primer beso de amor sacó de su sueño á la joven, que entreabrió los ojos, iluminándose su rostro al punto con una sonrisa de gratitud.

— ¡Cómo! Ya estás aquí! exclamó la joven tomando con una graciosa indiferencia su bandolina que estaba á sus pies, y yo que no os esperaba tan pronto, que acaso me figuraba que no os volvería á ver!

— He querido sorprenderos, antes de despertar, dijo Acquaviva, porque tengo muchas cosas que deciros, y en el día no sé...

— ¡Oh! durante el día, debo ganar el pan, señor conde, y, como no se encuentran á todas horas personas tan generosas como vuestra Excelencia, ya concebí que no he de perder tiempo para cubrir mis pocas necesidades.

— Y en el caso de que yo tratara de ponerlos á cubierto de esas desgracias, Benedetta; si, cediendo al interés que

me habeis inspirado, os sacara de esa miseria cuyos males debéis conocer ya, qué es lo que diríais?

Benedetta dirigió al joven una mirada interrogativa. La joven parecía querer leer con sus ojos en el alma, á fin de darse cuenta á sí misma del sentimiento que podía dictar á un personaje tan elevado las proposiciones en que ella no veía mas que una escuiva generosidad: luego sonriéndose como una niña que se despierta pensando en sus dorados sueños, contestó al conde:

— Ah señor! muy dichosa sería, entonces no cantaría mas que para vos, y no tendría necesidad para ganar mi vida de tender la mano á una muchedumbre indiferente.

— Así lo espero, ángel mío: desde hoy mismo, si consentís en ello, podéis nacer á una nueva vida, y podéis olvidar en el lujo con que intento rodearos, una infancia como la que habeis pasado tan llena de privaciones y miserias.

— Y qué deberé hacer, señor conde, para ponerme al abrigo de la desgracia, para ser rica?

— Nada ó casi nada, Benedetta; cantar cuando el cielo os inspire que cantéis para mí, y para nadie mas, doblegar á las reglas del arte esa voz cuyo timbre es tan hermoso, y que las primeras cantatrices de los teatros de la Scala ó del Fenicio envidiarían á vuestra pobreza; volveros hermosa como ya lo prometéis; guardar en vuestra frente y en vuestra alma ese candor que me ha seducido, esa inocencia ajena de todo mal, y amarme despues: si me juzgáis digno de un poco de amor, esto es cuanto os pido, querida Benedetta.

— ¡Ah! Os lo prometo, señor conde, dijo la joven encendida de pudor. Ademas que esas condiciones, añadio despues de un momento de silencio, no me parecen muy difíciles de llenar.

— Inclusa la última, no es verdad? exclamó Acquaviva dominado por un sentimiento de orgullosa inteligencia.

— La última, y todas las demas no me costará gran trabajo llenarlas; hasta me parece que os amo ya.

— Sois un ángel, encantadora criatura; no me atreva á esperar eso de vuestra gratitud ó de vuestra franqueza. Ea, despojad para siempre vuestros hermosos hombros de esa librea de miseria que, sin embargo, tanto os hermosa. Renunciad á esa vida de aventuras que bendigo mil y mil veces, puesto que á ella debo haber encontrado una mujer que será bien luego la mas hermosa y amada de cuantas hay en Roma, y seguidme.

Benedetta apoyada en el brazo del conde José, y llevando en la mano su fiel bandolina, echó á andar sumergida en las mas dulces ilusiones, despues de haber atravesado el puente del Ángel desierto todavía á aquellas horas, llegaron ambos á la puerta de una modesta casa medio oculta entre los jardines de que estaba cubierta á la sazón la ribera izquierda del Tiber. Acquaviva dió un golpe, la puerta se abrió, y entrados en el vestíbulo, le dijo:

— Esta casa era mia hace un instante; ahora os pertenece. Benedetta; podéis disponer de ella á vuestro gusto. Todo el mundo, y yo el primero se hará aquí vuestro criado. Hoy mismo quiero que desaparezca hasta la última sombra de vuestra miseria, voy á buscaros los maestros mas propios para secundar vuestra naciente inteligencia, y desarrollar vuestra voz que es un tesoro, ménos precioso sin embargo, que vuestro corazón; y luego, cuando deseéis verme á vuestro lado, decidme una palabra y al instante estaré á vuestros pies embriagándome con vuestra mirada é implorando de vos una sonrisa de reconciemento ó de amor.

El conde se alejó despues de estas palabras. Benedetta, radiante de emoción per estró en la estancia donde acababa

de instalarla de un modo tan extraño el joven y brillante don José.

Era aquella una casa, en toda la acepción de la palabra, una casa semejante á la que se habia formado el conde de Acquaviva en París, bajo las inspiraciones de los nobles de la corte de Luis XV; era una casa perfectamente adornada donde todo era elegante, donde todo respiraba la gracia y el desce. El conde no habia acumulado en ella como en un bazar todos esos muebles suntuosos, tristes á fuerza de magnificencia, ni esa prodigalidad de dorados y de mármoles. Algunos cuadros del Albano, dos lienzos de Guido, una madona de Rafael bajo la cual ardía una lámpara de plata, como un homenaje á que nadie se sustrae en Roma; cortinajes llenos de buen gusto, muebles sencillos, pero perfectos en cuanto á comodidad, y admirablemente adaptados á sus sitios respectivos, componían el material de esa habitación que Benedetta recorrió en un instante con un encanto vecino del delirio. Su corazón, sus ojos, hasta su imaginación misma, que jamas se habia podido figurar un lujo tan bien entendido, se abrían con mil delicias á la felicidad, la respiraban por todos los sentidos, y la comunicaban en todos los ademanes; sus manos tocaban la seda de las cortinas, y el terciopelo de los divanes; su mirada se fijaba con una complacencia que podría pasar por un principio de coquetería, en los hermosos espejos de Venecia donde se reproducían las puras líneas de su rostro romano, y los harapos que iba á cambiar en breve con tanto gozo, por los ricos trages y adornos y la ligera mantilla, prenda que no se habia atrevido á codiciar ni aun en sus sueños.

Cuando tomó posesión de todas aquellas grandezas y cuando hubo lisonjeado su pensamiento con el bello porvenir que le esperaba, la joven que, el día anterior, indigente y abandonada no tenía otra abrigo contra las tempestades ó los rayos del sol que los anchos pórticos de las iglesias como los mármoles del peristilo de San Pedro, se entregó á una alegría completa y verdadera; un grito de dicha salió de su pecho y entonces se puso á cantar como si quisiera, con un himno de reconocimiento, dar las gracias al Dios que le habia dado aquella voz, por la embriaguez que en aquel instante le debía.

Al mismo tiempo José de Acquaviva penetraba en el aposento.

— Proseguid, Benedetta, proseguid, hija mía; es el mayor placer que podéis darme. Deseo veros contenta, y desce sobre todo oíros cantar.

La joven enrojeció un poco y continuó. El conde estaba casi sentado á la puerta del aposento, con un centinela que ha recibido la orden de no dejar pasar á nadie, y que ejecuta fielmente su consigna. En tanto que Benedetta cantaba, Acquaviva la miraba fascinado; luego cuando hubo concluido exclamó:

— Maestro, qué decís de la discípula que os he propuesto?

— Digo que vuestra Excelencia ha descubierto un verdadero diamante, una piedra preciosa que va á hacer palidecer á todos los rubís de mala muerte con que tanto se envanece nuestros empresarios. Es el órgano mas maravilloso que he oido en mi vida, y si esta señorita lo permite, añadiré que nunca he experimentado una satisfacción igual á la que he recibido en este instante.

Benedetta sorprendida y desconcertada no respondía nada á ese entusiasmo que apenas se podía explicar. El conde notó su apuro, y acudiendo á su socorro con su desenvoltura italiana, un poco adulterada con la galantería caballeresca de Versalles ó de los bastidores de la Opera, exclamó

haciendo resonar un beso en la mano de la joven como si hubiese querido tomar posesion de ella públicamente:

— El que os admira tanto como yo, Benedetta, es el señor Palestri, el maestro de capilla de nuestro santo papa, el compositor mas afamado de la Italia, y el primer artista de Roma.

— No; no, señor conde, ya no lo soy, exclamó el maestro; esta joven acaba de arrebatarme ese puesto. Ella tiene á diez y seis años, lo que yo no he tenido jamas á veinticinco, el brio de la música, la inspiración del arte, y sobre todo lo que Dios concede solamente á sus privilegiados, una voz que avergonzaria hasta á los mismos serafines; con algunos estudios para subordinar ese hermoso instrumento, hay en esa garganta lo bastante para seducir á todas las cabezas coronadas, para matar de amor á todos los aficionados de Italia, y en verdad me parece...

— Basta, basta, maestro Palestri, no hablemos mas que de la voz de vuestra discípula y nada de los aficionados. Benedetta no es una flor que yo dejare cogear primero que venga. Así pues, en vuestra opinión no carece de disposiciones, y creéis que podremos hacer con ella alguna cosa?

— Vaya, si lo creo, señor conde. Supongamos un pobre empresario arruinado, un empresario sin prima dona, sin tenor ni bajo; ofreciendole vuestra inmensa y sólida fortuna, ó esta joven señorita como *debutante*, y veréis como sin vacilar elijo á Benedetta. Señor conde, habeis adivinado la rosa entre las zarzas, como dice el antiguo soneto de nuestro Metastasio; y como la rosa está ahí voy á hacerla abrir al sol, y á darle en pocos meses el honor de ser admirada de la Italia artística.

— Con ello cuento, mi buen maestro; pero ya estáis viendo como vuestro entusiasmo lírico ha asustado á la pobre criatura; vamos, Benedetta, continuó el conde apretando con sus manos el talle flexible y elegante de la joven; cantad otro poco, si gustais, como cantarías en este momento si no tuvieseis mas recurso ni esperanza que esta bandolina.

Benedetta obedeció, Palestri se extasió de nueva al oírlo.

— Solo un favor tengo que pedirros, exclamó con una admiración que no debía nada á la galantería italiana, y es el que me permitais dirigir los estudios de esa bella musa. Es un título, que, á mis ojos, borrará todos los demas que he merecido: esa joven hará mi gloria.

— Y mi felicidad, maestro Palestri, añadio en voz baja el conde José, y mi felicidad, porque la amo tanto como la admirais vos.

El maestro salió. Acquaviva volvió junto á la joven, que, fuera de sí de alegría infantil, le dió las gracias de cuanto hacia por ella, de todos los goces de que la rodeaba; luego, con una ternura que ya no disimulaba en lo mas mínimo:

— Y eso no es todo, Benedetta, le dijo; ademas de estar al abrigo del sol y á cubierto de las tempestades, es necesario que el vestido corresponda con la estatura, que la divinidad se halle en relación con el templo donde será adorada siempre. Todo lo he previsto. Dentro de algunos instantes la camarista que he puesto á vuestro servicio os traerá de mi parte algunos trages mas dignos de vuestra nueva condición, mas dignos de mi tambien, y que os harán mas hermosa, sin que por eso seais mas interesante á mis ojos.

La joven habluéce algunas palabras de gratitud, mas el conde la interrumpió al punto.

— Entre nosotros, le dijo, no hay gratitud que valga, Benedetta. La gratitud pesa demasiado en nuestra flaca naturaleza, es un deber concienzudo que no inspira mas que



frialdad entre dos almas que se deben otra cosa mejor que una helada amistad. Así pues, esperaré de vos otro sentimiento mas apasionado y del cual me habeis hecho concebir ya algunas esperanzas. Somos jóvenes ambos, hija mía, y ya os lo he dicho, deseo un amor grande, un amor inmenso como el mio.

Muchas semanas se pasaron para Benedetta en los encantos de su nueva vida. La joven se adornó con todas las magnificencias que el conde de Acquaviva depositaba á sus pies todos los dias; se rodeó de su lujo, de sus velos, de sus diamantes, de sus encajes y de todas sus riquezas de joven adorada, y cuyo uso hasta entónces no conocia, y luego, cuando sus manos, tan ávidas como sus ojos, tocaron mil y

mil veces admirándolos las sedas y terciopelos y las piedras preciosas que debían adornar su juvenil cabeza, Benedetta se puso á reflexionar en la singularidad de su destino. De reflexion en reflexion llegó naturalmente á pensar en aquel á quien debia tantas felicidades desconocidas, y bajando hasta el fondo de su corazon halló en él todo el amor que el conde de Acquaviva se prometia. La joven se puso tan ufana con su descubrimiento, que desafiando todas las leyes establecidas, y cuyos principios no estaba encargado de enseñarle el maestro Palestri, suplicó á don José que pasara á verla. El conde corrió al punto lleno de esperanza, aunque ignorando la fortuna que le esperaba. (Se continuará.)

#### HEBREOS CAUTIVOS EN BABILONIA.



Cuadro de BENEDEMANN.—Dibujo de STALL.

Parece que nadie se ha parado sino en el lado poético del cautiverio de los hebreos en Asiria; nunca se cita mas que su cántico plañidero sobre los rios de Babilonia, y el pintor alemán, cuya tierna composicion reproduccion hoy, ha seguido evidentemente la inspiracion comun. Tambien aqui se ven cautivos cantando la patria ausente y fijando sus ojos doloridos en la ciudad inmensa de Semiramis.

Peró la estancia de los judios en Asiria se presenta tambien bajo otro aspecto, cuya importancia á la historia le toca señalar. Aquello no fué un simple acaso de la guerra, ni uno de aquellos cautiverios accidentales que sufrieron con tanta frecuencia los pueblos pequeños de la antigüedad: considerándolo bien de cerca, se vé claramente una de las mil evoluciones cumplidas por las razas en beneficio de la civilizacion.

Los hebreos retirados en un rincon del mundo, guardados por los desiertos, las montañas y el mar, habian conservado casi intactas las grandes instituciones de Moisés. Cuando la mas grosera idolatria y el mas vil despotismo se dividian el

gobierno de la tierra, ellos solos supieron poner á cubierto la ciudad de Dios, la libertad y la igualdad humana, es decir lo verdaderamente constitutivo al hombre. Allí solo, en la tierra de Israel, los pueblos no pertenecian á su amo: habia jefes de tribus que gobernaban con el consejo de los ancianos, y los jueces eran elegidos por aquellos que debian luego obedecerlos. No habia castas, pero sí division en las funciones. La tribu de Levi consagrada al culto, estaba sostenida por todas las demas; no existian ciencias ocultas reservadas á unos pocos como en Egipto y en Oriente; la luz pertenecia á todos, y no habia privilegios guerreros, todos los ciudadanos eran soldados.

Si se observaban mal las leyes, si habia hombres que usurpaban un poder siempre peligroso, tambien para eso habia profetas que se alzaban entre la muchedumbre, que recordaban los principios establecidos por Dios, y que defendian ó vengaban al oprimido.

Peró aquella grande y hermosa organizacion social, se detenía en los estrechos limites de la tierra prometida. El ais-

lamiento, que al principio le habia sido necesario para nacer y para fortalecerse, amenazaba dejarla desconocida para el resto del mundo: los conquistadores asirios pararon el golpe, yendo á buscar bajo su manto á aquel pequeño pueblo que se habia asimilado tantas ideas verdaderamente fecundas, y le esparcieron en sus estados como una simiente para el porvenir.

Los hebreos llevaban á Babilonia elementos desconocidos, cuyas huellas se han conservado por fortuna en los monumentos contemporáneos.

La prosperidad habia hecho de la capital de la Asiria una cosa inaudita en los fastos del mundo. «Babilonia, dice uno de los profetas, fué como una copa de oro en las manos del Eterno, y con la cual se embriagó toda la tierra. Las naciones bebieron de su vino, y una vez que bebieron se volvieron locas.» Jamás la demencia del lujo, los caprichos del poder absoluto, y el despreciativo egoismo del hombre por sus semejantes no se habian ostentado con tanto escándalo: desde que se presentaron en medio de aquellos esclavos y de aquellos tiranos voluptuosos, los Judios se volvieron los verdaderos representantes de la caridad, de la libertad y de la dignidad humana.

Sus protestas no consistieron solo en palabras, sino que llegaron á manifestarse en sus acciones. Si se prohibia el enterrar á los hebreos condenados á muerte, Tobias se levantaba y les daba la sepultura. Perseguido tenia que huir, pero así que le olvidaban un instante volvía á continuar su obra. Su piedad fraternal concluída por cansarse sus opresores. Cuando Nabucodonosor obligaba á todas las frentes á inclinarse delante de su estatua, solo los Judios permanecian derechos, prefiriendo los hornos encendidos á la humillacion de semejantes adulaciones. Por último, cuando se les mandaba que abandonasen el culto de su Dios por uno de los idolos asirios, Daniel mantenía la libertad de las conciencias bajando á la cueva de los leones.

Y no se paraba en esto su valor, sino que él preparaba la caída de aquel monstruoso imperio sin otros cimientos que sus vicios: sus amenazadoras profecías les espantaban, porque ellas incitaban á su destruccion á los pueblos mas jóvenes y menos corrompidos de la Persia.

«El Eterno se compadecerá de Jacob, decía Isaías; elejirá á Israel; los restablecerá en sus tierras; los extranjeros se reunirán á ellos adhiriéndose á la casa de Jacob.»

Luego pinta á toda la tierra en reposo y en seguridad, «porque Babilonia no existe ya.» Los mismos cedros del Líbano se dicen uno á otro: «Desde que se ha dormido, nadie ha subido aqui para cortarnos;» por último, evoca del fondo de sus sepulcros á todos los principes y reyes vencidos por la Asiria, y todos esclaman con sorpresa: «Cómo has caído de los cielos, estrella de la mañana, hija del alba del día? Tú, que hollabas á tus pies á las naciones, te muestras abatida hasta el polvo!»

En otro pasaje, se le vé colocar un centinela que mira á las cuatro partes del viento: á cada instante le pregunta lo que vé, y el centinela anuncia la ruina de la Asiria y de sus aliados: carros y caballeros pasan gritando: «Cayó, cayó!»

Babilonia caía en efecto gracias á Ciró y á los Judios. Mientras que Baltasar lo olvidaba todo en los festines, una mano invisible escribía en el muro tres palabras hebreas que debian espantar á todos los corazones, y Daniel, uno de los jefes de su pueblo, que todos consideraban como aconsejado por Dios, explicaba la inscripcion fatal! En el mismo instante, Ciró penetraba en la ciudad por la madre seca del Eufrates, y Herodoto declara de un modo positivo, que le habia sido

indicado este medio. Y por quién, sino por ese pueblo enemigo que los asirios habian encadenado á sus hogares, y que esperaban, segun la expresion de su profeta, el que se uniese con él el extranjero?

El rey de los persas recompensó á los hebreos concediéndoles el derecho de volver á su patria; pero muchos de ellos prefirieron seguir al joven vencedor y establecerse en sus estados. Bien luego se multiplicaron hasta el punto de formar pueblos y ciudades importantes, mas á pesar de que habian sabido mantenerse en la corte, al verles tomar aquella importancia, fueron heridos de proscriccion, porque se les creia peligrosos al Estado á causa de sus leyes y de sus creencias particulares. Supieron sin embargo sustraerse al peligro tomando las armas y combatiendo contra sus enemigos hasta el punto de matar en todo el imperio mas de sesenta y cinco mil hombres, lo que prueba que ellos mismos debian ser á la sazón bien numerosos.

Después de estos degüellos, dice la Biblia, «disfrutaron del reposo de sus enemigos, pero no tocaron con sus manos el balín.» Este último rasgo es muy precioso, porque él diferencia á los Judios de los pueblos á quienes combatian, y prueba que la lucha fué una lucha de raza y no un pretexto para el saqueo.

La influencia judía se hizo sentir en la civilizacion persa, dándole una grandeza mas humana. Los reyes asirios habian sido gigantes de tiranía y de sensualidad: los reyes de Persia, estuvieron mas á punto de creerse hombres: corrompidos por la educacion y por un poder sin medida, no imitaron sin embargo á Sardanápalo y á Nabucodonosor: odiaban pero podian amar: se dejaban arrastrar por la cólera, pero tambien lloraban. En suma, se puede decir que hubo progreso. En ellos principiaba la iniciacion: la autoridad ciega y brutal se alteraba y se deshacia, hasta que la accion de los griegos llegó á completar después lo que habian comenzado los Judios.

#### LA PEÑA HUECA.

CUENTO ARABE.

(Véase la página 101.)

Bajó algunos escalones y escuchó con la mayor atencion. No percibió ningun ruido.

La soledad le rodeaba por todas partes.

Prosiguió Entemí su camino, con la misma precaucion, pero siempre envuelto en tinieblas.

Hacia ya algun tiempo que bajaba cuando creyó divisar un rayo de luz; no obstante, cual si temiera ser victima de una ilusion, frotóse varias veces los ojos y vió, con gran sorpresa, que era una realidad.

Su corazon se dilató en gran manera adquiriendo nuevas esperanzas.

A medida que iba bajando la claridad tambien iba aumentando, al propio tiempo que notaba respirar un ambiente mas puro y benéfico.

Por último, se encontró al fin de la escalera, y como por encanto hallóse en un precioso Eden.

—Oh! esclamo, hemos llegado ya, hé aqui el jardin de los placeres... ahora es preciso buscar el manzano para cojer uno de sus frutos!... Pero tener después que volver atrás!... después de tanto padecer!... no hay remedio, tengo de casarme con Fakmeisa!...

Y diciendo esto quedóse estupefacto al contemplar la hermosura del jardin.

Mil variadas especies de flores extrañas elevaban sus matizadas corolas al cielo despidiendo abundantes y aromá-



ti os perfumes: aves de todas clases entonaban sonoros cánticos desde lo alto de los verdes y hermosos árboles, cuyas copas se inclinaban ligeramente hacia el suelo al impulso de la dulce brisa: mil surtidores arrojaban agua cristalina refrescando el ambiente que allí se respiraba: en fin, en aquel delicioso lugar se disfrutaban goces respirables, goces que Entemí no había experimentado nunca, y de los cuales dedujo que lo llamarían jardín de los placeres.

Admirado el joven de cuanto veía, fué siguiendo varios senderos alfombrados de flores, hasta que llegó al centro del Eden, donde tuvo una nueva maravilla que admirar.

Sobre seis zócalos de turquesa con embudidos de rubí se elevaban otras tantas estatuas de diamante, que sostenían una cúpula de esmeralda con preciosos relieves de perlas: en el centro había un enorme coral, que por cada una de sus mil ramificaciones brotaba agua de diferentes colores y perfumes, cayendo y mezclándose en un estanque lleno de peces con escamas de oro.

Entemí, después de haber contemplado aquel riquísimo monumento, quiso buscar el manzano para cojer la fruta; dirigió la vista por todas partes, y creyó divisarlo entre los cocoteros, palmeras, plátanos, cedros, y demas árboles de un magnífico bosquecillo, á donde se dirigió.

Así, que lo encontró, alargó la mano para cojer una manzana de las muchas que estaban á su alcance, cuando sintió que le detenían el brazo.

Volvíose, y yó á un hombre anciano que le dijo:

— Detente osado!...

— Qué... ¿esclamó Entemí, sois vos el dueño de este jardín?

— Qué te importa á ti?

— Mucho.

— Y quién eres tú?

— Me llamo Entemí, soy hijo de un rico mercader de la Meca.

— Bien.

— Queréis saber mas?

— Sí tal.

— Pero si os respondo á cuanto me preguntais, me daréis lo que os pido?

— Lo veremos.

— Pero...

— Veremoslo, repito.

— Entónces, preguntad.

— Dí, por dónde has entrado?

— Por un agujero.

— Y ya sabias que te era permitido el entrar?... —

— Me lo figuré que sí.

— No encontraste obstáculos que te lo impidieran?

— Sí, pero los vencí.

— No te salió al encuentro un gigante?

— Es cierto, pero después de haberle cortado la mano, echó á correr.

— Y los dos leones?

— Les corté la cabeza.

— Y el viento que salió del agujero?

— Huyó y fué á mezclarse con la atmósfera.

— Y el enano de la varilla?

— Está muerto.

— Y no has tenido miedo al penetrar por la peña?

— Ninguno.

— Pues ya que has sido tan valeroso, tendrás temor en seguirme?

— No.

— Entónces, ven; pero ten cuenta con preguntarme na-

da, sea lo que quiera de cuanto veas y de cuanto oigas.

— Bien, lo cumpliré.

— Sígueme, pues.

— Y diciendo esto, el anciano empezó á caminar.

Entemí fué siguiendo sus huellas.

A los pocos instantes entraron en un salon, luego en otro, á este siguió otro y otro, reinando igualmente en todos el lujo y la elegancia. Numerosos pebeteros de oro despedían odoríferos perfumes que aromatizaban el aire, y grandes jarros de perlas llenos de flores ornaban las estancias.

A cada paso, Entemí se quedaba encantado pareciéndole soñar, pues eran incalculables tantas riquezas hasta que por fin el anciano le hizo penetrar en un aposento donde era mas estremado el lujo, y donde se percibían olores mas fuertes y embriagantes.

Descorrió un cortinaje de damasco de Persia, y se presentó á la vista del joven una muger anciana y fea recostada en un precioso divan.

Al instante hizo á Entemí las mismas preguntas que le hiciera el anciano en el jardín.

Luego continuó:

— Ya que has tenido valor para llegar hasta aquí ¿te atreverás á tomar á tu cargo una empresa?

— Por cierto que sí.

— Por arriesgada que sea?

— Cuanto mas mejor.

— Pues bien, si sales victorioso te llevarás lo que desees.

— Qué es lo que tengo que hacer?

— Debes matar una serpiente enorme.

— Y en esto consiste la empresa?

— Sí, pero has de ir con cuidado y debes menester una lanza.

— Cómo!... lanza para matar una serpiente!

— Para matar una serpiente.

— ¿Dónde esta pues? ¿dónde está la lanza?

— Este anciano te la enseñará; empero te repito, anda con cuidado, porque varias son las lanzas que contiene el depósito, pero tan solo una de ellas puede matarla.

— Y cuál es esta?

— Lo ignoramos; tan solo hemos sabido que entre ellas está la destinada.

— Pues designemos donde está la serpiente, y donde la lanza.

El anciano llevó al joven á un lugar retirado del jardín y le enseñó con el dedo una serpiente que iba arrastrándose sobre la verde yerba.

Condándole después á un depósito de armas, le dijo que escogiese la lanza que debía traer, y le dejó solo.

Dudoso estuvo Entemí acerca de cual tomaría, hasta que por fin decidido tomó una y volvió al jardín lleno de valor y esperando llevar á cabo su atrevida empresa.

No obstante, al momento que intentó clavar la punta de la lanza sobre la cabeza del reptil, se oyó una fuerte detonación y aquel se convirtió en un monstruo gigante, quien levantando su nudosa clava para descargar el golpe y aplastar á Entemí, este de un salto se apartó, y antes que aquel pudiese levantar de nuevo la clava, arrojó con suma ligereza la lanza, la que silbando fuere á clavar en el corazón del monstruo, quien, al caer, hizo temblar la tierra.

Satisfecho el joven de su hazafia dirigióse inmediatamente al aposento donde estaba la muger que le había propuesto matar la serpiente.

Pero á nadie encontró.

Volvíose al jardín, y así que penetraba, una multitud de bellas síldides le rodearon, haciéndole mil caricias y ofreciéndole abundantes ramilletes.

Entemí lleno de felicidad, no sabia que hacerse, ni que decir. Ignoraba quienes fuesen aquellas jóvenes que tan complacientes y carifiosas se le mostraban.

Al cabo de algunos minutos todas á la vez le enseñaron con el dedo una preciosa nube que se parecía á un topacio herido por los rayos del sol.

Aquella fué acercándose poquito á poco como impelida por una suave brisa, y fué á colocarse delante de Entemí.

Disipóse la nube y apareció en su centro una hermosísima joven adornada de inmensa pedrería.

Fijó sus dulces ojos sobre los de Entemí y una sonrisa jugueteó por sus labios.

Al verla el manchó, exclamó lleno de gozo y admiración: — Fakmelisa!...

— Si, yo soy, valeroso Entemí, exclamó la joven lanzándose en los brazos de su amante; yo soy quien vengo á darte la recompensa que merece tu arrojo é intrepidez.

— Pero como es posible que...

— Voy á explicártelo: cuando te marchaste para venir á buscar la manzana aguardaban tu vuelta tus dos rivales para matarte y apoderarse de la fruta que traieras. Pero viendo que no llegabas, uno mató al otro, y se vino á mi casa el asesino, diciendo á mi padre que los dos habiais ido á la Peña hueca y que habiais sido víctima de algun monstruo de los que tentan la costumbre de salir de ella. Mi padre creyéndole de buena fe prometióle mi mano. Iba ya á casarme, cuando por la noche anterior arrebátromme de la cama y me traieron aquí. Era un genio que quiso tomarme por mujer, á lo que me denegué firmemente hasta que me devolviese á mi padre. Viendo entónces el genio que ni con amenazas, ni con promesas podia vencer mi obstinacion, me encantó, transformándome en vieja y fea, hasta que un joven llegase hasta aquí y que diese muerte á la serpiente, que era hija del genio y una mortal. Tú lo has hecho y héteme aquí joven y hermosa cual ántes.

— Conqué tu eres?...

— Aquella vieja arrugada que estaba en el divan.

— Y has estado mucho tiempo de este modo?

— Hace hoy quinientos años.

— Imposible Fakmelisa.

— No lo dudes: quinientos años has estado tú dentro de la peña.

— Y tu padre dónde está?

— Ha muerto ya, por lo tanto, pues, podemos vivir aquí, cuanto ves será nuestro y gozaremos de una vida dichosa.

— Oh!... sí, si... quedémonos aquí... pero quienes son esas niñas que nos rodean?

— Son mi corte.

.....

Alivióron siempre amándose y disfrutando de mil placeres. Entemí había alcanzado el premio que merecía su valor.

La peña hueca se transformó en un hermoso portico, y desde entónces se designó aquella morada bajo el nombre de « El palacio de los placeres. »

#### DE LAS BOMBAS DE AIRE DE SAN GERMAN,

Y DE LA PRIMERA MAQUINA PNEUMÁTICA.

Aquí tenemos un mecanismo colosal en comparación del cual la estatura de hombre es bien pequeña y bien poco considerable sus fuerzas. Hay en todo cuatro cilindros; uno

solo se ve aquí distintamente en la parte baja y en medio de la figura; este cilindro, oculta otro casi del todo, al cual está pegado: el grabado deja entrever un tercer cilindro por delante y á la derecha; el cuarto se halla fuera de la figura.

Supongamos ahora que en vez de esta figura muda tenemos á la vista la realidad. En un salon magnífico, el hierro colado, el acero, el cobre y el bronce se mueven echando chispas. Todas sus piezas están en movimiento; unas obrando solo por su fuerza de resistencia y otras siguiendo, ya con magestuosa lentitud, ó ya con una velocidad terrible, los movimientos á que están destinadas. Para no hablar mas que de la parte *pneumatica*, la única que debe ocuparnos hoy, vamos á ver en cada uno de los cuatro cilindros verticales como oscila un émbolo con un movimiento alternativo de subida y bajada. Estos cilindros colocados de dos en dos, cuyo diámetro es de mas de dos metros, y en los que cada movimiento del émbolo alcanza dos metros tambien, hacen parte integrante de las *máquinas para operar el vacío*: á cada instante arrojan torrentes con un ruido formidable de fuelles, y por medio de anchos agujeros colocados en su parte inferior y superior, las masas de aire que han tomado á una distancia de 2,400 metros de allí. Bajo la influencia de esta poderosa aspiración, un convoy entero, cargado de viajeros, va remolcado por la rápida cuesta de 35 milímetros por metro, que se eleva hasta el terrapien de San German.

Volvamos ahora la vista de esa obra maestra de ciencia y de ejecución para detenernos en considerar su primitivo origen. Transportémos con el pensamiento á dos mil años atrás en medio de la antigua Grecia para buscar ese origen que no encontraremos ciertamente acompañado de ingenio mecánico ni sabio y complicado; no, la invención primera es modesta y vulgar, tan vulgar que no podemos decirnos á nombrarla con todas sus letras. ¿Se acuerdan ustedes de aquel instrumento cuya pérdida deploraba Victor Jacquemont, en cuya busca, sus buenos amigos los hospitalarios ingleses, consiguieron la publicidad de todas sus gacetas, y toda la sagacidad de su policía, hasta que por último lograron llevarsele en procesion y con buena escolta, á nuestro gracioso viajero? Pues bien, ese instrumento tan común, con su estrechidad terminada en punta, era conocido en la mas remota antigüedad, y fué descrito minuciosamente por Heron de Alejandria el que le consideró como muy propio para aspirar y lanzar líquidos, y por último en él está el origen primitivo de todas las máquinas para hacer el vacío, y por consiguiente de los cilindros pneumáticos de San German, y aun del mismo camino atmosférico.

Es cierto que ese émbolo primitivo no estando provisto de una válvula, no puede usarse de él para sacar el aire del cilindro, sino á la condicion de que entre agua en el lugar del aire, pero el ingenio de los griegos había imaginado otros aparatos para extraer el aire.

Los griegos habian notado que la combustion operada en un recipiente enrarece el aire hasta el punto de que enfriado este recipiente se logra en él un vacío parcial. De este modo, ponian sobre la piel ventosas secas semejantes á las que se ponen hoy quemando papel en un vasito y aplicando exactamente sus bordes sobre el miembro que se somete al tópic. El aparato n.º 56 de la preciosa coleccion de Heron de Alejandria, es una copia de los que servian para poner las ventosas secas, pero sin el empleo del calor. « Construcción de una campana que atrae sin la ayuda del fuego, » tal es el título de la descripcion de este aparato.

Así pues, segun este aparato, con la boca se procedió mecánicamente por la primera vez, para enrarecer el aire en un